

LA REBELIÓN DE LOS ESCLAVOS Y LA LITERATURA NORTEAMERICANA

FEDERICO EGUÍLUZ ORTIZ DE LATIERRO
Universidad del País Vasco

Más de dos siglos de resistencia violenta y periódica sufrieron los Estados Unidos de América por parte de los esclavos antes de que se pudiese decretar la abolición de la esclavitud. El continuo y arraigado descontento de los esclavos por las condiciones de sumisión existentes fue dando lugar a también continuos mecanismos de control y represión, cada vez más manifiestos, en las tradicionales zonas y regiones de más fuerte raigambre esclavista.

Las rebeliones de esclavos no se llevaron a cabo, por lo general, de forma aislada e individual, sino que tuvieron lugar en grupo, lo que hizo que estos movimientos se fueran extendiendo de región en región con intensidad diferente y a velocidades distintas. Las causas de tales insurrecciones fueron muy diversas y van desde los simples rumores no materializados en hechos que anunciaban la emancipación o, simplemente, que predicaban la libertad del hombre, hasta las «peligrosas nociones» de libertad e igualdad preconizadas por determinados grupos filantrópicos o religiosos, pasando por la vecindad de naciones en las que la esclavitud estaba ya abolida o la simple presencia, más cercana, de tribus indias que, como raza minoritaria, mostraban su apoyo y simpatía y prestaban ayuda a los esclavos negros que tomaban la determinación de rebelarse contra los poderes económicos y sociales establecidos y se enfrentaban a ellos o, simplemente, huían.

En otras ocasiones, el descontento «resistente» de la mano de obra esclava dio lugar a recesiones económicas en la parte de los plantadores, lo que supuso muchas veces el fin o la venta de la explotación y, en los mejores casos, el alquiler, más o menos temporal, de los esclavos a otros plantadores o, en los peores, la consecuente e inmediata subasta pública que conllevaba irremediablemente la separación, generalmente definitiva, de las familias. A todo ello hay que añadir el aspecto, poco conocido cuando se habla de la esclavitud, de la creciente y cada vez más importante industrialización del país, lo que suponía muchas veces el traslado de los esclavos del campo a la ciudad. Una vez aquí, la zona urbana se prestaba al contacto de los esclavos con los

negros libres, lo que traía como consecuencia inmediata una mayor conciencia de clase y grupo y un deseo creciente e irremediable de acceder a la emancipación por el método que fuera.

La leyenda del esclavo feliz, integrado en la familia del plantador, capaz de dar su vida por la vida de su amo y señor y la de su familia, aparte de ser generalmente falsa, ha contribuido a que muchas de las rebeliones sofocadas no trascendieran fuera de las fronteras de lo meramente local. Dicha leyenda fue fundamental para la conservación de tan «peculiar institución sureña» y fue arropada por la exageración, la censura y la distorsión.

Sin embargo, en los dos siglos anteriores a la Guerra de Secesión norteamericana (1861-1865), hay evidencia documental de la existencia de unas doscientas cincuenta rebeliones de esclavos llevadas a cabo por al menos diez esclavos en cada ocasión y cuya meta no era otra que la libertad personal. También se ha comprobado que estas rebeliones fueron llevadas a cabo mayoritariamente por hombres y que, en su mayor parte, fueron traicionadas por los propios esclavos compañeros de los insurrectos cuyo trabajo, dentro de los muros de la casa de los amos, les hacía identificarse más con la clase plantadora y el orden, más o menos cómodo para ellos, establecido.

A pesar de todo, estas rebeliones más o menos abortadas, aunque numerosas, no tuvieron nunca consecuencias verdaderamente distorsionantes a gran escala. Tendría que llegar el año 1800 para que la primera rebelión numéricamente importante pudiese tener lugar. Fue concebida y preparada cuidadosamente por un esclavo conocido por Gabriel. Su nombre era Gabriel Prosser, nacido hacia 1776 cerca de Richmond (Virginia). La idea de Gabriel era crear un estado negro independiente dentro del propio estado de Virginia. Pero, una vez iniciada la rebelión, una fuerte tormenta dio al traste con todo su plan y los esclavos acabaron dispersándose por el territorio. Al final fueron capturados y treinta y cinco de ellos, entre los que se encontraba el propio Gabriel, acabaron en la horca. Habían transcurrido tan solo veinte días desde el comienzo de la rebelión hasta la ejecución de Gabriel.

Las circunstancias de la corta vida de Gabriel parecen predestinarla al fin que le tocó en suerte. Hijo de una esclava nacida en África, que siempre se lamentó de tener que criar a un hijo en la esclavitud, Gabriel creció como esclavo de Thomas H. Prosser y se fue haciendo un hombre de fuertes convicciones religiosas, poderosamente influido por los ejemplos de la Biblia. Durante la primavera y el verano de 1800, preparó los planes para una insurrección a gran escala, llevando a cabo reuniones con sus seguidores, recogiendo espadas, armas de fuego, aperos de labranza y estudiando cuidadosamente el plano de Richmond. El plan consistía en la captura del arsenal, la toma del polvorín y la matanza de todos los blancos, a excepción de los franceses, los metodistas y los cuáqueros. Su esperanza era llegar a ser rey de Virginia después de que hubieran caído en sus manos todas las ciudades importantes del estado.

Gabriel consiguió reunir, según datos fidedignos, a unos 1.000 esclavos, si bien otras estimaciones menos seguras dan cifras que van entre los 2.000 y los 50.000. Lo que es seguro es que la noche del 30 de agosto de 1800, Gabriel y sus hombres se reunieron frente a Richmond, a unas seis millas de la ciudad. No se puede saber si la revuelta hubiera tenido éxito o no en el caso de haberse podido llevar a cabo como estaba planeada. Sin embargo, los elementos meteorológicos se pusieron de parte de

los blancos y una gran tormenta se desencadenó ante los atemorizados negros que vieron cómo las aguas, ante sus atónitas miradas, arrastraban los puentes e inundaban las carreteras. Para cuando las fuerzas rebeldes trataron de volver a juntarse, el gobernador James Monroe ya había sido informado del levantamiento y había dado órdenes precisas a la milicia del estado para que salieran a la caza y captura de los negros. El resultado fue que Gabriel, junto con otros 34 esclavos más, fue arrestado, juzgado y colgado del cuello hasta morir. Así terminaba la primera gran rebelión de esclavos de la historia de los Estados Unidos.

Gabriel nació y murió esclavo. Sin embargo, hubo otro hombre que entró en la historia de las rebeliones como el primer hombre libre que dirigió una insurrección de esclavos. Se llamaba Denmark Vesey y trabajaba como artesano en la ciudad de Charleston (Carolina del Sur). La revuelta de Vesey tuvo lugar en 1822 y consiguió atraer a sus filas a varios miles de esclavos armados de las zonas colindantes con Charleston. Pero esta rebelión no llegó nunca a estallar abiertamente, pues la conspiración fue traicionada y descubierta en junio de 1822. El resultado fue que 139 negros fueron arrestados, de los que 37 fueron colgados. Entre estos últimos se encontraba el propio Vesey. Otros 32 más marchaban al exilio antes de que finalizara el verano.

La tercera rebelión importante fue la encabezada por Nat Turner, en Southampton, también en el estado de Virginia. Tuvo lugar nueve años después del intento fracasado de Vesey, es decir, en el verano de 1831. Pero tanto su planificación como su desarrollo no tuvieron nada que ver con el proceso de la anterior.

Este sensible e inteligente predicador, del que no poseemos demasiados datos fiables, llegó a convencerse de que la misión que Dios le había confiado en la vida era liberar a su pueblo de la esclavitud y servir como ministro del justo castigo divino contra los esclavistas, sin distinción de hombres, mujeres o niños. Y en la tarde del 21 de agosto de 1831, un grupo de tan solo seis esclavos comenzó su lucha contra la esclavitud matando a un total de 57 blancos y consiguiendo formar un ejército de unos 70 esclavos durante los días siguientes. La alarma cundió rápidamente entre la población blanca y se organizó la consiguiente represión por parte de la milicia y de grupos de voluntarios, con el resultado de que, el día 24, el avance de los rebeldes sobre la capital del condado, Jerusalem, llegó a su fin, muriendo, con toda seguridad, más de 40 esclavos en el enfrentamiento y quizás cerca de 100. Nat Turner fue ahorcado el 11 de noviembre de ese mismo año.

Había nacido Nat Turner el 2 de octubre de 1800 en el propio Southampton y era propiedad del dueño de una pequeña pero próspera plantación situada en un remoto rincón de Virginia. También su madre, como la de Vesey, había nacido en África y transmitió a su hijo todo el odio hacia la esclavitud que albergaba en su interior. Nat aprendió a leer gracias a uno de los hijos de su amo y se mostró siempre interesado en recibir abundante información religiosa. A principios de la década de 1820 fue vendido a un granjero vecino pero de pocos medios. Es a partir de aquí cuando el ardor religioso de Turner se irá aproximando cada vez más al fanatismo, hasta verse a sí mismo como un ser llamado por Dios para sacar a sus hermanos de la esclavitud. Dotado de un extraordinario magnetismo, comenzó a ejercer una poderosa influencia en muchos de los esclavos de la región, que llegaron a llamarle «el Profeta». Y ya en 1831, poco

después de haber sido vendido otra vez, esta vez a un artesano llamado Joseph Travis, un eclipse de sol hizo pensar a Turner que aquello era una señal divina que le anunciaba que la hora de la espada había llegado.

Su plan consistía en hacerse dueño del armamento de la sede del condado, Jerusalem, y, tras haber conseguido reunir un pequeño ejército, avanzar para hacerse fuerte en el Dismal Swamp, zona pantanosa a treinta millas al este y de difícil acceso. La noche del 21 de agosto, junto con otros siete compañeros en los que había depositado su confianza, inició su campaña de aniquilación total, comenzando por matar a Travis y a su familia mientras dormían y poniéndose en marcha en un recorrido sangriento hacia Jerusalem. Al cabo de dos días y dos noches, habían conseguido asesinar sin ninguna piedad a 51 blancos. Sin embargo, la falta de disciplina entre los miembros de este improvisado ejército de negros, junto con el hecho de que el grupo sólo lo componían unas 75 personas, fueron los principales factores que contribuyeron al fracaso de la insurrección. La resistencia armada de los blancos no tardó en producirse y la llegada de 3.000 hombres pertenecientes a la milicia contribuyó a dar a Turner el golpe final. A sólo unas millas de Jerusalem, los insurgentes fueron dispersados y muertos o capturados. Lo peor fue que, en aquella histeria por la caza del negro, también murieron muchos esclavos inocentes. Turner consiguió burlar a sus perseguidores durante seis semanas, pero finalmente fue capturado en solitario en una cueva cercana a la casa de su antiguo amo, juzgado y ahorcado.

La insurrección de Nat Turner consiguió extender el terror por todo el Sur y, como consecuencia, la llegada de toda una ola de represión legislativa que consiguió prohibir la educación y la de por sí ya restringida libertad de movimientos y de reunión de los negros y que endureció las posturas proesclavistas y antiabolicionistas en todo el Sur hasta los años que llevaron a la Guerra Civil. La rebelión de Nat Turner puso fin al mito de que los esclavos estaban contentos con su suerte o de que, por otro lado, eran demasiado serviles como para atreverse a organizar una rebelión armada.

A partir de aquí, los negros del condado comenzaron a contar los días a partir de «Nat's Fray» o de la «Old Nat's War» y, durante muchos años, en las iglesias de los negros de todo el país, el nombre de Jerusalem no se refería sólo a la ciudad bíblica sino, de forma encubierta, al lugar donde el famoso esclavo había encontrado su muerte.

El poder simbólico emanado de Turner, que en su tiempo consiguió el endurecimiento de las condiciones de esclavitud, al llegar al siglo XX tuvo una fuerza carismática sobre los dirigentes de las protestas negras en pro de los derechos civiles.¹

La figura de Nat Turner ha sido resucitada en época relativamente recientemente por varios autores norteamericanos. Destacaríamos a F. Roy Johnson con *The Nat Turner Slave Insurrection* (1966); William Styron con *The Confessions of Nat Turner* (1967); y John H. Clarke (ed.) con *William Styron's Nat Turner: Ten Black Writers Respond* (1968).

1. Inge, M.T. (ed.) (1987), *A Nineteenth-Century American Reader*, Washington: U.S.I.A., p. 298.

En 1831, el abogado blanco Thomas R. Gray, contemporáneo a los hechos, publicaba un panfleto con la confesión de Nat Turner, titulado «The Confessions of Nat Turner to the Public», producto del libre acceso que Gray tuvo a la celda de Turner durante los días que siguieron a la captura del esclavo. Se trata de un documento de primera mano cuyo principal valor radica en la propia confesión del esclavo rebelde, valor que se ve incrementado con los comentarios del propio Gray al respecto. En él,² Gray comienza diciendo que quiere salir al paso de de todas las exageraciones e informes erróneos que se han extendido por el país ante esta primera rebelión seria de esclavos. Quiere llegar a las circunstancias que dieron origen a tan sangrienta revuelta, ya que son totalmente desconocidas del gran público, puesto que sus principales actores, a excepción de su jefe, han muerto sin revelar los motivos que les impulsaron a tan crueles actos. Gray llama irónicamente a Turner «great Bandit» y relata que se entregó sin resistencia y a un solo hombre, Benjamin Phipps, que sí iba bien armado, dejando caer al suelo su ineficaz espada y pidiendo a su captor que le perdonase la vida. Añade Gray que las confesiones que transcribe son verídicas, como lo demuestra el certificado de la Corte del Condado de Southampton que adjunta. Destaca Gray que Turner, al contrario que los otros esclavos capturados e interrogados, no trata de exculparse y confiesa que fue él el ideólogo de la revuelta y quien dio el primer golpe. Tras la sección de «confesiones» espontáneas de Nat Turner, Gray inicia una serie de preguntas tendentes a clarificar diversos aspectos aún oscuros y no revelados en la confesión previa. Entre estas preguntas destacan las relativas a si Turner conocía la existencia de un plan de consecuencias geográficas más amplias, a lo que Turner contesta que no. Y a si sabía de otras conspiraciones llevadas a cabo en la misma época, como la de Carolina del Norte, a lo que Turner vuelve a contestar negativamente. Gray sale al paso de los rumores que sobre Turner corren por la región referentes a su ignorancia y cobardía y a que todo su movimiento tendía únicamente a asesinar y robar para procurarse la huida. El abogado recalca que es notorio que Turner nunca ha tenido un dólar en su vida y que nunca ha jurado ni tampoco ha tomado un solo sorbo de licor. En cuanto a su ignorancia, añade, Turner sabe leer y escribir y que, en lo referente a su inteligencia y a su capacidad de comprensión, pocos hombres que él conoce la tienen mayor. De su cobardía, tampoco se puede decir nada porque, si no se resistió a Mr. Phipps, su captor, fue porque el bosque cercano estaba lleno de hombres armados que le buscaban y que pensó que, entregándose, podría después encontrar la ocasión de escapar. Gray añade que considera a Turner como un completo fanático y que su mente ha sido pervertida por impresiones tempranas. En lo físico es más bien bajo de estatura, aunque fuerte y activo y tiene la típica cara del negro, con rasgos muy marcados. Y termina Gray su narrativa diciendo que el relato de Turner, expresado con tanta calma y compostura, su expresión, su entusiasmo, las manchas de sangre que aún le cubrían, sus harapos, sus manos esposadas elevándose al cielo, todo ello, hizo que «I looked on him and my blood curdled in my veins».

No sería la rebelión de Nat Turner la última en producirse en los EE.UU. En las décadas precedentes a la Guerra Civil, grupos cada vez mayores de esclavos descon-

2. Publicada íntegramente por Inge, op. cit., pp. 299-302.

tentos escaparon al norte o a Canadá, acogiéndose al sistema llamado *Underground Railroad*, con el que los abolicionistas nortños ayudaban a esconderse y escapar a los fugitivos, contraviniendo las «Fugitive Slave Acts». Por ilustrar con cifras la importancia de esta organización, podemos decir que sólo en Ohio se calcula que alcanzaron la libertad más de 40.000 esclavos fugitivos. No se empleaba el ferrocarril ni nada subterráneo, como su nombre parece indicar, para estas fugas. El nombre del sistema le venía de su secretismo y de la jerga utilizada, que era la de los ferrocarriles, con sus estaciones, líneas, conductores o cargamentos para designar los lugares de parada, los caminos, las personas que les llevaban o los grupos de esclavos. Y la palabra *underground* se refería al secretismo y nocturnidad con que generalmente se llevaban a cabo las acciones. La famosa escritora Harriet Beecher Stowe, autora de la novela *Uncle Tom's Cabin*, entró en contacto con el *Underground Railroad* en Cincinnati (Ohio) y de esta organización fue de donde obtuvo abundantes materiales de primera mano para su novela. La publicidad que se dio en el norte a estas huidas y a las rebeliones que iban teniendo lugar en el sur consiguió un gran apoyo por parte del Movimiento Abolicionista. El conocimiento público de todos estos hechos y la publicidad que fue dándose a las abundantes rebeliones que fueron teniendo lugar a lo largo de la historia de estos doscientos años contribuyeron a la destrucción del mito histórico de la pasividad negra frente a la opresión y recondujeron las actitudes sociales hacia la esclavitud en todo el país y las reacciones políticas al respecto.

La prensa ocupó un lugar importante en este movimiento ideológico en favor de la emancipación. El primero de enero de 1831 salía por primera vez a las calles de Boston el periódico semanal *The Liberator*. Dirigido por William Lloyd Garrison, bajo la cabecera llevaba como lema «Our Country is the World – Our Countrymen are Mankind.» En él aparecía el anuncio: «Lucharé con tenacidad en pro de la liberación inmediata de nuestra población de esclavos . . . A este respecto no deseo pensar, hablar ni escribir con moderación . . . Hablo en serio . . . no usaré palabras equívocas . . . no ofreceré excusas . . . no retrocederé una sola pulgada . . . y me haré oír.» Treinta años de lucha contra la esclavitud desde las páginas del *Liberator* le llevarían a Garrison a ganar cada vez más adeptos y, muchas veces, a perder grandes amigos. Pero Garrison no se resignó sólo a utilizar su periódico como tribuna. Participó también en mítines y asambleas y cultivó la amistad de importantes abolicionistas y tuvo la suerte, según su propia confesión, de haber conocido, en una convención antiesclavista celebrada en 1841 en Nantucket, al esclavo huido autor de la autobiografía titulada *The Narrative of the Life of Frederick Douglass*, que vería la luz en 1845 y a la que Garrison puso gustosamente el prólogo. Esta misma obra, originalmente de 125 páginas, sería posteriormente revisada, aumentada y puesta en manos del público con el nuevo título de *My Bondage and My Freedom*, en la que se pueden ya contrastar con cierta perspectiva las condiciones de la esclavitud del autor con las de la libertad y progreso intelectual de que, en el año 1855, fecha de la nueva publicación, da muestras abundantes el autor.³

3. Parker, H. (1980). «Frederick Douglass.» *The Norton Anthology of American Literature*, New York: W.W.Norton & Co., pp. 575-85.

Sin embargo, la guerra con México volvió a recrudecer el problema. Hasta entonces, los estados del norte pensaban que si la esclavitud quedaba confinada a los territorios del sur, la esclavitud terminaría por desaparecer con el tiempo. Pero la anexión de nuevos territorios, y las pretensiones de los estados sureños de repoblarlos con su propia gente y su propio sistema esclavista, volvió a levantar la polémica.⁴ Defensor ilustre del sistema económico y esclavista del Sur fue el abogado y sociólogo George Fitzhugh (1806-1881). Especializado en casos criminales, su devoción fue la economía política del Sur, que defendió ardientemente en *Sociology for the South; or, The Failure of Free Society* (1854). Tras una visita al Norte, donde al parecer conoció a Harriet Beecher Stowe y discutió públicamente con los abolicionistas, se reforzaron sus creencias de que la esclavitud era un sistema justo y humano en comparación con la esclavitud industrial de los salarios. En *Cannibals All! or, Slaves Without Masters* (1856) compara a los capitalistas norteamericanos con caníbales que se alimentan de los destrozados cuerpos de los llamados trabajadores libres. En su primer libro, Fitzhugh desarrollaba su tesis de que el capitalismo del *laissez-faire* estaba corrompido por culpa de la explotación y era un fracaso. Pero que el sistema patriarcal del Sur, dirigido por una aristocracia benevolente, era el sistema que traía el mayor bien al mayor número de personas, incluyendo a las que él creía innatamente inferiores (los negros) y a las intelectualmente superiores (los amos).⁵

En el lado opuesto de la balanza, no podría dejar de mencionarse a uno de los más, si no efectivos, sí al menos ruidosos abolicionistas de toda la historia de la lucha por la libertad del género humano en general y de los esclavos en particular. Nos referimos al mítico John Brown, en cuya lápida se leen las fechas, inicial y final, de 1800 y 1859.

Convertido por diversas circunstancias en un radical político, procedía de una familia de raigambre en Nueva Inglaterra y en su juventud decidió que la educación oficial podía muy bien sustituirse por una vida más activa y acorde con la realidad, por lo que se dedicó, sucesivamente, a llevar ganado, a curtir pieles y a especular con terrenos. Una serie de fracasos financieros en Pennsylvania le hizo viajar hacia el oeste, mientras su familia aumentaba progresivamente y sus empresas no terminaban nunca de florecer. Durante todo este tiempo, siempre había demostrado ser un hombre piadoso que nunca ocultó sus simpatías por el abolicionismo. Estas simpatías fueron convirtiéndose en algo más y, después de cumplir los cincuenta, llegó al convencimiento pleno de que sólo la acción violenta sería capaz de liberar efectivamente a los esclavos. Cuando en 1855 el actual estado de Kansas se convirtió en un territorio fuertemente caldeado por las posturas antagónicas de los esclavistas y de los abolicionistas, Brown se trasladó allí con su familia, alcanzó el grado de capitán en la milicia local y emprendió un furibundo ataque contra cinco importantes partidarios locales de la esclavitud, que murieron sin la posibilidad de defenderse. En el verano de 1859 y en Harper's Ferry (Virginia) Brown organizó una banda de partidarios de la abolición

4. Olson, K.W. (1980). *Reseña de la Historia de los Estados Unidos*, Washington: Servicio Cultural e Informativo de los Estados Unidos de América, pp. 84-89.

5. Inge, M.T., op. cit., p. 309.

cuya pretensión era promover un levantamiento general de los esclavos y el establecimiento de un estado libre en las montañas, a donde los esclavos negros pudieran ir a refugiarse. Brown y su banda lograron tomar el polvorín del ejército, acción que motivó la llegada de Robert E. Lee al mando de sus tropas y que culminó con el fin de la revuelta y la captura de Brown. El juicio que siguió terminó con la condena de Brown por traición y su subsiguiente ejecución. Antes de morir pronunció un discurso en el que defendió la necesidad de su acción como instrumento de la justicia divina. Las palabras de su último discurso ante el tribunal de justicia que lo condenó a muerte son expresivas del sentimiento, cada vez más generalizado, de que la esclavitud era una entidad con la que era necesario terminar:

I have, may it please the Court, a few words to say. In the first place, I deny everything but what I have all along admitted,—the design on my part to free the slaves . . . But I have no consciousness of guilt. I have stated from the first what was my intention, and what was not. I never had any design against the life of any person, nor any disposition to commit treason, or excite slaves to rebel, or make any general insurrection.⁶

Henry David Thoreau, al enterarse del levantamiento y captura de John Brown, anunció inmediatamente su intención de pronunciar una conferencia en favor de Brown, a pesar de las presiones de los abolicionistas locales que pensaban que el acto podía ser contraproducente al tener en cuenta el estado anímico de la nación ante la matanza de Ossawatimie, en Kansas, y la evidencia del inestable estado mental de Brown. Sin embargo, en «A Plea for Captain John Brown.» Thoreau pinta el retrato de Brown como producto heroico de Nueva Inglaterra y mártir crucificado por la perniciosa esclavocracia. Thoreau, es necesario decirlo, preconizaba una reforma basada en el individuo y en la revalorización personal antes que en las acciones concertadas de grupo y nunca tuvo fe, como buen transcendentalista que era, en acciones específicas o proyectos políticos. Sin embargo, había conocido a John Brown en Concord en 1857, cuando éste habló en el Ayuntamiento de Concord para recaudar fondos para su guerrilla. Thoreau dio su donativo y quedó cautivado por la devoción y sinceridad de Brown. A pesar de que Thoreau no aprobaba generalmente la violencia, vio en Brown a un hombre deseoso de sacrificarlo todo, incluso su vida, por sus principios, lo que le convertía, a ojos de Thoreau, en un verdadero transcendentalista. Y así quiso expresarlo en su discurso:

We can at least express our sympathy with, and admiration of, him and his companions, and that is what I now propose to do . . . I am here to plead his cause with you. I plead not for his life, but for his character,—his immortal life; and so it becomes your cause wholly, and is not his in the least. Some eighteen

6. Del último discurso de John Brown al finalizar el juicio celebrado en Charleston y que le condenó a muerte.

hundred years ago Christ was crucified; this morning, perchance, Captain Brown was hung. These are the two ends of a chain which is not without its links. He is not Old Brown any longer; he is an angel of light.⁷

Si Thoreau se mostró especialmente enfervorizado y sanguíneo en su defensa de John Brown, no faltaron otras formas de ver el problema y, con él, al personaje. El lado humorístico no está ausente en la tragicomedia de John Brown. Charles Farrar Browne, más conocido por Artemus Ward, fue un humorista y conferenciante nacido en Maine en 1834 y fallecido en Londres en 1867 mientras daba una serie de conferencias y colaboraba en *Punch*. A la edad de trece años, muerto su padre, imprimía ya varios periódicos de Nueva Inglaterra, antes de establecerse en Ohio en 1858. Aquí colaboró con el *Plain Dealer* de Cleveland, escribiendo una serie de cartas firmadas por un tal Artemus Ward, que representaba a un hombre inculto pero sagaz que viajaba de estado en estado con un carromato lleno de animales vivos y un museo de figuras de cera. Estas cartas tuvieron tanto éxito que llegaron a contar entre sus admiradores al propio Presidente Lincoln, lo que animó a Browne a subir a la palestra de conferenciante y a perder su identidad como Browne para adquirir la de su personaje Artemus Ward. Sus sátiras preferidas fueron los temas de actualidad, tales como el amor libre, el mormonismo, el shakerismo, el espiritualismo y cualquier tipo de actividad fanática o extremista que moviera al público a despreciarla. Con ello Ward se convertía más en un reflector que en un líder de la opinión pública. Desmitificador acérrimo, el caso de John Brown no podía pasar por alto en su programa. Y así, en el libro titulado *Artemus Ward His Book*, publicado en 1863, encontramos un capítulo titulado «Ossawatomie Brown» en el que parodia la conversión de John Brown en ídolo a manos de defensores tales como Thoreau. En un estilo que imita el acento regional, lleno de exageraciones y tendente a arrancar la carcajada, Ward, anuncia que lo que viene a continuación es el relato de una obra de teatro que vio la otra noche. Y el estilo es inconfundible:

... The battle of Ossawattermy takes place. Old Brown kills Mister Blane, the sinister individooal aforesed. Mister Blane makes a able & elerquent speech, sez he don't see his mother much, and dies like a son of a gentleman, rapt up in the Star Spangled Banner. Moosic by the Band. Four or five other Border Ruffins air killed but thay don't say nothin abowt seein their mothers. From Kansis to Harper's Ferry. Picter of a Arsenal is represented. Sojers cum & fire at it. Old Brown cums out & permits himself to be shot. He is tride by two soops in milingtery close, and sentenced to be hung on the gallus. Tabloo -Old Brown on a platform, pintin upwards, the staige lited up with red fire. Goddiss of Liberty also on platform, pintin upwards. A dutchman in the orkestry warbles on a base drum. Curtin falls. Moosic by the Band.⁸

7. Del discurso de H.D.Thoreau pronunciado el 30 de octubre de 1859.

8. Líneas finales de «Ossawatomie Brown», reflejadas íntegramente por Thomas Inge (1987), p. 335.

Sin embargo, la «hazaña» de John Brown no fue tomada a broma ni siquiera en el Norte, pues fue considerada como un insulto a la ley y al orden y un atentado contra los métodos democráticos de lograr el progreso social. Si el ataque de Brown a Harper's Ferry ocurrió en la noche del 16 de agosto de 1859, su ejecución en la horca, sentenciado por conspiración, traición y asesinato tuvo lugar el 2 de diciembre del mismo año. Brown, hasta el momento de su muerte, estuvo convencido de haber sido un instrumento de Dios.

El verdadero instrumento sería, pocos años después, el Presidente Lincoln, que proclamaría un decreto, en plena Guerra Civil, por el quedaban libres todos los esclavos de los estados rebeldes a partir del 1º de enero de 1863. «Por el momento no era más que un gesto porque él no ejercía poder alguno sobre aquellos Estados . . . Afuera, entretanto, el decreto surtió su efecto: a partir de ese momento, ninguna potencia europea . . . pudo permitirse una alianza contra un Estado que tenía como meta de la propia guerra la lucha contra la esclavitud.»⁹ El resultado no se vería de forma palpable hasta el 9 de abril, fecha en que los generales Lee y Grant firmaron el armisticio en una guerra en la que las diferentes concepciones económicas, con la esclavitud como puntal, se vieron enfrentadas.

La Guerra Civil que envolvió a los Estados Unidos hace poco más de un siglo, dejó un poso importante que aún hoy es difícil de borrar. Los libros sobre la temática que desató la guerra comenzaron a aparecer ya antes de que el conflicto estallase abiertamente. La sensacionalista y melodramática novela de Harriet Beecher Stowe, *Uncle Tom's Cabin* (1852) fue, durante una época, el libro más vendido en América y en Europa. También se publicaron abundantes tratados incendiarios sobre el tema, tales como *The Impending Crisis of the South*, de Hinton R. Helper (1857) que predicaba acabar con la esclavitud por el expeditivo método de enviar a todos los esclavos de vuelta a África. Y una vez terminada la Guerra Civil, comenzó un flujo de libros que aún hoy no ha terminado. Actualmente se pueden contar hasta cincuenta libros o más por año sobre el mismo tema, sólo en los EE.UU. Y entre los cientos de novelas sobre la Guerra Civil, la más conocida es, quizás, *Gone With the Wind*, de Margaret Mitchell (1936), y *The Red Badge of Courage*, de Stephen Crane (1895) puede considerarse como el más notable y temprano intento de estudio psicológico de esta guerra. Sin embargo, existe un libro muy poco conocido por el gran público, escrito al poco de finalizar la guerra en 1865 y que convendría algún día estudiar con detenimiento, pues su autor, John W. De Forest, se ha movido siempre entre el olvido y el reconocimiento literario. Se trata de la obra *Miss Ravenel's Conversion from Secession to Loyalty* (1867), cuyo título puede engañar, pues no se trata de ningún panfleto ideológico de los muchos al uso.¹⁰ Sin embargo contiene consideraciones que, aunque hoy nos parecen normales, en sus tiempos podían ser ciertamente chocantes. Como, por ejemplo y refiriéndose a los negros, uno de los personajes principales, el Dr. Ravenel,

9. Richter, W. (1962), *Breve Historia de los Estados Unidos*, p. 129.

10. Vide Simpson, C.M., Jr. (1979), «John W. De Forest's *Miss Ravenel's Conversion*.» In *The American Novel*, The Voice of America Forum Series, Washington: USIA.

dice: «Don't reproach them for being stupid. For nearly a century the whole power of the Republic, North and South, has been devoted to keeping them stupid.» O, más adelante: «Negro children are just as intelligent as white children until they find out that they are black. Now we will never tell them that they are born our inferiors.» Lo que nos puede dar una idea de la opinión de un autor que escribía en 1865 sobre el carácter de los negros, opinión que, de haber estado más extendida, habría evitado todas las rebeliones de esclavos y toda una guerra civil.

No han pasado todavía los días en que escritores, pensadores y políticos negros (Martin Luther King, James Baldwin, Malcolm X, Toni Morrison, por citar sólo unos pocos) han seguido y siguen reivindicando las libertades aún no alcanzadas por los hombres y las mujeres de su raza, a pesar de tantas rebeliones y a pesar de toda una guerra civil. Esa guerra aún continúa y esas rebeliones se siguen produciendo todos los días. Lo vemos en los noticiarios como sucesos y en los programas de los políticos como proyectos. Pero también lo seguimos viendo en los escritores que, quieran o no, se muestran comprometidos. Tal es el caso de la Premio Nobel de Literatura Toni Morrison.

If anything I do, in the way of writing novels (or whatever I write) isn't about the village or the community or about you, then it is not about anything. I am not interested in indulging myself in some private, closed exercise of my imagination that fulfills only the obligation of my personal dreams -which is to say yes, the work must be political. It must have that as its thrust. That's a pejorative term in critical circles now: if a work of art has any political influence in it, somehow it's tainted. My feeling is just the opposite: if it has none, it is tainted. The problem comes when you find harangue passing off as art. It seems to me that the best art is political and you ought to be able to make it unquestionably political and irrevocably beautiful at the same time.¹¹

Y, tanto para los sociólogos como para los críticos literarios, ahí es donde reside el problema.

BIBLIOGRAFÍA

- INGE, M. T. (ed.) 1987. *A Nineteenth-Century American Reader*. Washington, D.C.: U.S.I.A.
- MORRISON, T. 1991. «Rootedness: The Ancestor as Foundation,» in Walder, D. (ed), *Literature in the Modern World*. Oxford: Oxford University Press.

11. Morrison, T. (1991), «Rootedness: The Ancestor as Foundation». In Walder, D. (ed.), *Literature in the Modern World*, Oxford: O.U.P., pp. 331-332.

- OLSON, K. W. 1980. *Reseña de la Historia de los Estados Unidos*. Washington, D.C.: Servicio Cultural e Informativo de los Estados Unidos de América.
- PARKER, H. 1980. «Frederick Douglass», en *The Norton Anthology of American Literature*. New York: W.W.Norton & Co.
- RICHTER, W. 1962. *Breve Historia de los Estados Unidos*. Buenos Aires: Ed. El Ateneo.
- SIMPSON, C. M., Jr. 1979. «John W. De Forest's *Miss Revenel's Conversion*,» in *The American Novel*. Washington, D.C.: The Voice of America Forum Series, U.S.I.A.